



Alonso de Alcalá y Herrera

La perla de Portugal

LA PERLA
DE PORTUGAL

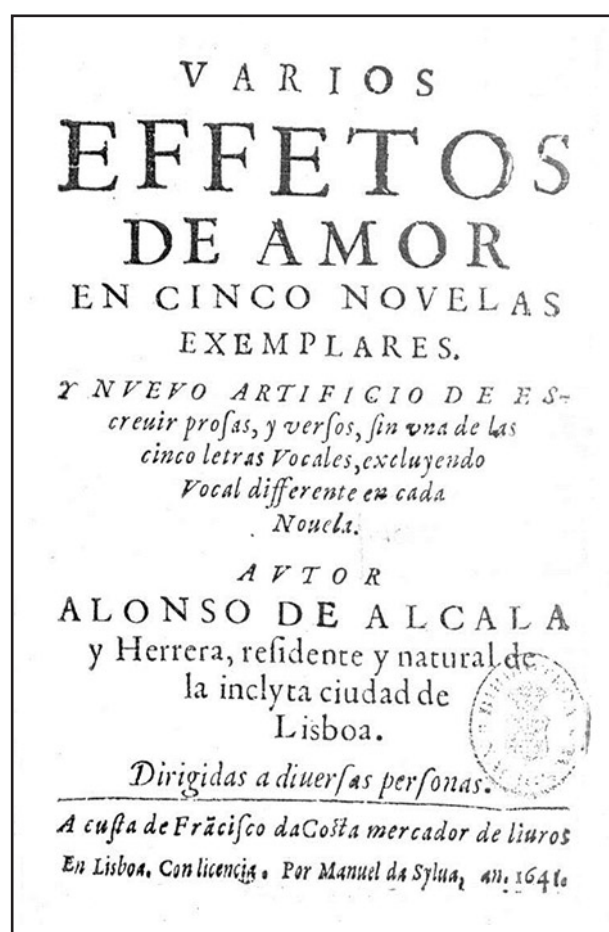
NOVELA TERCERA
escrita sin la
letra I.

*Por Alonso de Alcalá, y Herrera
A su amigo Don Fernando.*

LOS arbolés, o las plantas (señor Don Fernando) por los frutos se conocen, pero los hombres, por sus obras. Bastantes eran las de V. M. tan excelentes, como de sus doctos papeles nos encarece la Fama, a acobardarme en este; mas el que haze lo que puede, cumple con lo que debe. No dudo, que quando algunos le lean por su contextura tosca, por sus mal for-

Edición a cargo de: Óscar Adolfo Medina-Pérez y Daniel Moreno López¹

1.- Grupo de Investigación *Sujeto, Mente y Comunidad*, Universidad Nacional Abierta y a Distancia -UNAD, Eje Cafetero - Colombia



Presentación

En 1641 Alonso de Alcalá y Herrera (Lisboa, 1599 – Alcalá de Henares, 1682) publica *Varios effetos de amor*, libro que se caracteriza por estar compuesto por cinco novelas cortas, cada una con la particularidad de omitir una vocal, así: para la A, *Los dos soles de Toledo*; la E, *La carroza con las damas*; la I, *La perla de Portugal*; la O, *La peregrina ermitaña* y la U, *La serrana de Sintra*. En la presente ocasión editaremos la novela lipogramática de la I, *La perla de Portugal*.

A pesar de no ser Alcalá y Herrera el primero en escribir novelas lipogramáticas de vocales en lengua castellana -un año antes Francisco de Navarrete y Ribera publicó *La novela de los tres hermanos*, en la cual prescindía sistemáticamente de la letra A-, tiene el mérito de ser el primero en aplicar la técnica a todas las vocales.

Testimonios impresos

Entre los siglos XVII y XIX se publicó *La perla de Portugal* en las siguientes obras:

1. *Varios effetos de amor en cinco novelas exemplares; y nuevo artificio de escreuir prosas y versos sin vna de las cinco letras vocales, excluyendo vocal diferente en cada nouela...*, Lisboa: Manuel da Sylua, 1641.
2. *Varios Efectos de Amor en onze novelas exemplares, nuevas, nunca vistas, ni impresas: Las cinco escritas sin una de las cinco letras vocales, y las otras de gusto y apacible entretenimiento / Compuestas por diferentes Autores los mejores Ingenios de España.* Recogidas por Isidro de Robles..., Madrid: Joseph Fernández de Buendía, 1666. *La perla de Portugal* se encuentra entre los folios 34 y 45
3. *Varios effetos de amor en cinco novelas exemplares... con vna carta sin la letra A añadida en esta vltima impressión...*, Lisboa: Francisco Villela, 1671. Nuestra novela se encuentra entre los folios 32v y 42v.
4. *Varios efectos de amor: en onze novelas exemplares... las cinco escritas sin una de las cinco letras vocales ... y las otras de gusto, y apacible entretenimiento* Recogidas por Isidro de Robles ... añadidas en esta segunda imssion ... Alcalá y Herrera, Alonso de 1599-1682. Madrid, Lorenzo García, a Costa de Francisco Fernández. Año: 1692.
5. *Varios prodigios de amor en onze novelas exemplares, nuevas, nunca vistas, ni impresas: las cinco escritas sin una de las cinco letras vocales, y las otras de gusto, y apacible entretenimiento.* Ultima impresión añadidos, y emmendados tres Casos Prodigiosos; compuestas por diferentes autores, los mejores ingenios de España; recogidas por Isidro de Robles... Barcelona: En la Imprenta de Juan Martí, 1709.
6. *Varios prodigios de amor en onze novelas exemplares, nuevas nunca vistas, ni impresas: las cinco escritas sin vna de las cinco letras vocales, y las otras de gusto, y apacible entretenimiento.* Quarta impresión añadidos, y emendados tres casos prodigiosos; compuestas por diferentes autores, los mejores ingenios de España; recogidas por Isidro de Robles... Madrid: Juan de Ariztia, 1719.
7. *Colección de novelas escogidas, compuestas por los mejores ingenios españoles*, 8 vols., Madrid: Imprenta Real e Imprenta de González, 1785-1794. En el vol. VIII, anónima, se imprime *La perla de Portugal* (pp. 54-71).
8. *Cinco novelas de apacible entretenimiento: escritas cada una de por sí sin letra vocal.* P.D.S.D.R. [¿«Por Don Sidro De Robles»?], Barcelona: Francisco Sánchez, 1840. En las pp.46-60 se encuentra nuestra novela.

Nuestra edición

Para elaborar la presente edición utilizamos un ejemplar de la primera edición impresa de la que tenemos noticia hasta hoy; concretamente se recurrió al ejemplar R/12883 de la Biblioteca Nacional de España, titulado:

VARIOS / EFFETOS / DE AMOR / EN CINCO NOVELAS / EXEMPLARES / Y NUEVO ARTIFICIO DE ES- / creuir prosas, y versos, sin una de las / cinco letras Vocales, excluyendo / Vocal diferente en cada / Nouela. / AUTOR / ALONSO DE ALCALA / y He-

rrera, residente y natural de / la inclyta ciudad de / Lisboa. / *Dirigidas a deuersas personas.*
/ *A custa de Francisco de Costa mercador de liuros / En Lisboa. Con licencia. Por Manuel da*
Sylua, an. 1641.

Y de ellos, los folios 39v-58r, donde se encuentra: LA PERLA / DE PORTVGAL /
NOVELA TERCERA / escrita sin la / letra I / Por Alonso de Alcala, y Herrera / A su
amigo Don Fernando.

Como el objetivo de un trabajo crítico es entregarle al lector un texto que conserve lo esencial, pero sin dar posibilidades a confusiones provenientes de la grafía y la puntuación, hemos seguido los siguientes parámetros en la presente edición de *La perla de Portugal*:

Grafías

Se actualizan las grafías siempre y cuando no tengan valor fonológico. Igualmente se moderniza la puntuación y la acentuación. Las mayúsculas iniciales se emplean siguiendo las últimas normas de la RAE. Los cultismos gráficos se resuelven utilizando la forma actual. Mantenemos las contracciones de tipo *deste, desta*.

Composición

Se hizo uso de guiones (–) para indicar la presencia de las voces directas o los diálogos. En nota a pie de página se deja constancia de los pocos cambios que se introdujeron al texto, lo cuales, por lo general, son errores evidentes.

LA PERLA DE PORTUGAL

NOVELA TERCERA ESCRITA SIN LA LETRA I

Por Alonso de Alcalá y Herrera

A su amigo don Fernando

Los árboles o las plantas (Señor don Fernando) por los frutos se conocen, pero los hombres por sus obras. Bastantes eran las de Vuestra Merced tan excelentes, como de sus doctos papeles nos encarece la fama a acobardarme en éste; mas el que hace lo que puede, cumple con lo que debe. No dudo que cuando algunos le lean, por su contextura tosca, por sus mal formadas palabras, conozcan al dueño. Pero váldrame la traza, que al que a buen árbol se llega le cubre buena sombra: de la de Vuestra Merced me amparo, a ella le consagro; a sus plantas la voluntad, de deseos opulenta, postro. No la obra, que como *Perla de Portugal* la nombro, la deseo en sus manos, tanto porque en el esplendor se apure, cuanto porque no se atrevan émulos mordaces a exagerar sus faltas. No me valgo para este efeto de terceros poderosos, porque la mucha merced que Vuestra Merced suele hacerme, me asegura que será esta novela aceptada con buen semblante. Del de las terceras me valgo menos, pues *La de las vocales*, solo por el nombre, no puedo agradarme; no creo que me hará mucha falta, mas porque puedo engañarme, Vuestra Merced con su cordura atento para más honrarme lo note.

En esta majestuosa corte de nuestro famoso Portugal, cabeza de las generosas comarcas de su Real Corona, o Corona de todas las de España por la más populosa, opulenta, grande, generosa. En ésta, por su memorable fundador (sagaz como elocuente), tan aclamada por noble, como por su notable puesto, o por el afable aspecto de sus astros, célebre, templada, agradable. En ésta, por su capaz o anchuroso puerto, monstruosas naves, hermosos montes, alegres collados, levantadas torres, elevados alcázares, poderosas aduanas, notables rentas, arrogantes plazas, numerosas fuentes, espesas calles, amontonadas casas, famosos templos, devotas hermandades, suntuosos conventos, nobles solares, doctas escuelas, valerosas armas, generosos caballeros, gallardas damas, tan decantada en todas partes por la más rara, perfeta, notable, pero ¿dónde vas, loca pluma? ¿Dónde te engolfas? Tente. ¿Eres, acaso de Apeles? ¿Podrás con tu corto caudal, retratarla? No, por más que te canses; pues volvamos al puerto.

En esta, pues, célebre corte, cero, o soberana Esfera, mapa, o resumen breve de las grandezas de todo el orbe, tuvo venturoso albergue (como otros muchos forasteros) un caballero Toledano de la memorable casa de los Mendozas, mozo de alentados respetos: galán, esforzado, generoso, tan valeroso por su brazo, como a todos agradable por el honroso proceder de su gallarda persona. La edad gozaba no menos próspera, pues apenas contaba cuatro lustros, no poco lustrosos, pues además de tan amables partes, los adornaba la colorada cruz de Calatrava al pecho, con ocho cuentos de renta de buen cobro, todo en censos que heredó de su padre. No el deseo de aumentarlos, pero el de pasar a Flandres para merecer por la guerra (cual otro Alejandro) nuevos blasones, era el que su noble sangre alentaba a ver mundo: éste, el que del² regalo de su casa le apartaba: éste, el que del favor de sus deudos le alejaba³. Mas para que en toda su fortuna le fuese⁴ favorable, lo trazó de modo que, por falta de algunos aprestos o por causa de retardados despachos, le forzó a tomar por algunos meses casa; la cual (por estar acaso desocupada) fue en la calle real del Loreto, enfrente de las de un portento raro de belleza, sol hermoso de todo aquel contorno. Aunque otros celebraran más su buena suerte, pues a don Carlos de Mendoza (que éste era el nombre del gallardo mozo) poco alborozo le causaba, poco se desvelaba por ver, o dejar de ver, tanta hermosura, pues en más de dos meses (con tenerla en frente) apenas supo que Doña Leonor de Guzmán se nombraba esta hermosa perla.

La huérfana, le llamaban comúnmente (como a la del real tesoro) los caballeros todos, porque en todo Portugal nunca hubo otra hermosura tan perfeta. Tan celebrada era por este nombre, como en Flandres su padre, por el de don Tello de Guzmán, o por el renombre del Valeroso. La edad, poca más era de catorce años; el garbo, extremado; la cordura, mucha. Por todas estas causas extrañaban todos en don Carlos, para ser tan galán, tanto desamor, tanto despego.

No menos lo extrañaba la hermosa Leonor, porque aunque su recato era tanto como su belleza, más de cuatro veces, a la deshecha o adrede, estando don Carlos a la ventana, se puso al balcón ella sólo por ver como don Carlos se portaba; pero con tan poca suerte que engolfando él en lo que con otros trataba, no reparando en ella nunca, o fuese a caso o adrede (que en amor todos son trazas), no sólo no la hablaba, pero se estaba con el sombrero puesto, tan clavado como bulto de mármol. Notándolo doña Leonor todo, no dejaba de parecerle que todo esto resultaba o de hacer él della poca cuenta, o de tenerse en más por su nobleza o gran renta, o de no ver en su padre o deudos, Cruces de Calatrava. Sospechaba otras veces que otro amor era del despego la causa, porque reparó en que su despensero, desde otra pequeña ventana, por entre la red de madera della, no sólo daba muestras de acechar otra dama; pero que el mismo don Carlos, cuando se hallaba solo, gustaba sumamente de entretenerse en hablar con él, con ser un hombre que en lo grosero del talle, en lo feo del rostro, en lo protervo del semblante, no sólo daba señas de ser de malas mañas; pero que en lo tosco del desgarro, en lo enfadoso del hablar de manos, a lo socarrón o a lo bravo, mostraba ser en su modo de proceder gran embaucador, gran embustero.

2.- *de*, en el original.

3.- *axelaba*, error que se corrige.

4.- *fueso*, en el original

Molestábanla estos recelos, cansábanla estos excesos, en nada hallaba gusto, todo comúnmente le daba pena: tal vez despeñada en arrebatada cólera, anhelaba por la venganza: tal vez más sosegada, aunque tan rodeada de temores como empeñada en Amor, por dársele a entender, apelaba algunas noches en lo más profundo dellas, a las sonoras voces de una arpa, porque acompañadas de las amorosas del alma, en dulce canto, llegasen los suaves ecos a despertar al gallardo, como desamorable, don Carlos. Pero aunque ellos no le despertasen (conforme se presume del poco efeto dellas), sípose que el despensero (como más amante de la acechada dama) las más noches las escuchaba, pues dél, poco después, se hubo el traslado destos sonoros versos, que eran los que más veces ella cantaba:

A todo el mundo asombre
El desamor más contumaz del mundo,
La deslealtad de un hombre,
Que el más perfeto amor, el más fecundo,
Que en mujer pudo verse,
Paga, por no la ver, con esconderse.

Cuando por verle espero,
Adrede en la ventana, aunque él me vea
Al punto desespéro,
Pues adrede se aparta, o se recrea
En dejarme burlada,
De celos muerta, o de esperar cansada.

Pero en golfo tan grande,
Sólo del deshonor temo la nota,
Que aunque el amor lo mande,
La nave del honor no se derrota,
Mas en tan gran tormenta,
qué poco la esperanza me sustenta.

Es la esperanza lastre
De la nave de honor tan excelente,
Que en tormenta, o desastre,
Segura con él pasa la más gente,
Mas poco me aprovecha
El llevarle en tormenta tan deshecha.

De ser fea me holgara,
Pues gozara por fea más ventura,
Que porque él me adorara,
Por la fealdad trocara la hermosura,
Trocara pues la abona,
El nombre de Leonor por de Leona.

¡El de Perla, qué vale?
Cuando de las que lloro la gran suma

Porque no se señale,
 Es fuerza le deshaga, o le consuma,
 Pues tendrá desta suerte
 Menos que hacer, o deshacer la muerte.

De suerte me maltrata
 El desamor, la deslealtad profunda,
 Con que tanto amor trata,
 Que creo que en no verle, honor se funda
 Mas cuando no le veo,
 Crece el fuego de amor, crece el deseo.

A todos canse pena
 Las muchas, que padezco deseando,
 Pues que la suerte ordena,
 Que desta suerte, pene más, callando,
 Para que penas tales,
 Me acerquen de la muerte a los umbrales.

No le aprovechando esta traza, apelaba otras veces a la blancura de un papel, formando (mezcladas con perlas) algunas razones con la pluma: mas apenas formaba algunas cuando al punto, frustrada su esperanza, ponderándolas, con presurosos rasgos o a menudos pedazos, las desataba, domando su gusto, por conservar su honesta fama, confesando, como prudente, que las roturas della, en las mujeres nobles, tarde, o nunca se sueldan.

— Pero don excelente (aunque breve), es de la naturaleza, la hermosura: lazo oculto, poderoso señuelo.

— Ángel es más que humano, Doña Leonor; blasone agora don Carlos, antes de verla, mas guárdese, no se acerque, que como es fragua de suprema belleza, podrá abrasarse en sus llamas.

— Guárdese, no se truequen las bolas, que la mujer más noble, o sumamente ama, o sumamente aborrece.

De dos caballeros, con más empeño que de otros, se hallaba en esta sazón Doña Leonor requestada: el uno era don Pedro de Lara, al cual, como a cercano deudo algunas veces hablaba, mostrándole más favor; al otro llamaban don Sancho de Orozco, mas por mal nombre, el de *buen alma*, por ser poco astuto o prudente (tal está el mundo que hasta el nombre de bueno en él es rebozado, o sospechoso.)

Entrambos le eran a doña Leonor enfadosos: don Pedro era galán, cortés, generoso, mas celoso en tal grado que una vez, que por deudo fue a verla estando enferma, al sangrarla, tomando a un muchacho la vela, llegó a taparla con la toalla,⁵ el brazo dando apenas lugar que el barbero tocase la vena con la mano. Por esta causa (aunque como prudente callaba) no le agradaba para esposo. Don Sancho, menos, por ser lerdo o algo tonto, aunque tan puntual como esforzado, porque en llegando al pundonor, pocos se hallaran más valerosos; pero en su persona era algo tosco. Más galán por las muchas galas que por

5.- *tovalla*, en el original.

el aseo, que lo que de talento falta no lo suplen las ropas de oro o seda: póngaselas a la mona, que aunque con muchas la adornen, por costosas que sean, mona se queda.

Doña Leonor, aunque a los dos se mostraba neutral, propuso favorecer con todas veras a don Pedro, sólo por vengarse a puros celos de don Carlos (que como la venganza blasona tanto de mujer, poco fue menester para que se conformasen). Fue acaso una tarde a verla su deudo don Pedro, contola cómo se casaba don Gaspar de Lara, su hermano; nombrole la desposada, rogola que fuese (como otras señoras) a la boda porque se hallaban en ella no sólo todos los deudos con los caballeros del contorno pero la nobleza toda de Portugal. No fue menester mucho para que doña Leonor de Guzmán lo otorgase: holgose en extremo por lo mucho que deseaba amartelar a don Carlos.

En efeto, llegó la hora deseada: fue a la boda pero tan costosamente compuesta, tan por extremo gallarda, que a la desposada le pesó, según el semblante o seño con que se mostró encapotada. El cabello llevaba lo más del enlazado entre trenzas de perlas por hacer alarde de su⁶ hermosura, mostrando que con razón la llamaba huérfana la fama, pues ella sola daba valor a todas. No menos lo mostraba en las ropas de que se adornaba, pues (por llamarse nácar la concha en que la perla nace) la cota con lo demás todo era de raso nacarado, bordado de veneras, golpeado a trechos, aforrado en velo blanco de plata, los golpes a farpón en forma de eses apuntados con botones de gruesas perlas por lazadas. De las demás señoras fue celebrada con general aplauso; de los caballeros todos venerada; de los dos amantes con palabras corteses respetada; sólo el pobre don Carlos se estaba trasportado, como de helado mármol, suspenso tanto, en su hermosura elevado, que con caerse de la mano el sombrero no supo del suelo alzarle en gran rato. Notábalo todo alegre la bella doña Leonor, con gran recato pero no poco gozosa de empezarse a lograr su venganza.

Empezose en el salón un sarao. Luego de ocho damas con ocho caballeros por extremo gallardos, entraba en ellos don Sancho, que fue el que lo alegró todo porque al hacer los salteados floreos de la danza, algunas veces errando dos o tres, resbalando como poco versado en el arte, al dar con la cabeza en el suelo otros tantos golpes, causó general desenfado. No fue menor el que tras éste hubo, pues a dos coros, uno de damas otro de galanes, se cantaron algunos versos por excelente tono. Pero los que más me agradaron fueron los deste romance en loor de los desposados, que relataré tanto por breve cuanto por parecerme que al gusto de todos fue el más agradable:

Del vergel de la belleza
Dos flores Amor, cortó,
De esplendores tan perfetos,
Que son del orbe el farol.

Centros son de la hermosura,
Globos de belleza son,
Que en lo fragante, en lo bello,
No se da en ellas menor.

Una es rosa, otra clavel,
Mas tan hermosas las dos

6.- *de la de su*. Error que corregimos.

Que una es, aurora entre rosas,
Otra, entre claveles sol.

Enamorado pues dellas
Amor, que las ve en sazón,
Porque en su vergel se logren,
Él mismo las enjertó.

Receloso no las hurte
La parca, que es gran ladrón,
Él las ató de su mano,
Él mismo las desposó.

Él se expone a defendellas,
Él del huerto es el dragón,
Porque a pesar de la muerte,
Goce el mundo su fulgor.

Estas dos flores son,
Los desposados,
Plega al amor se logren,
Eternos años.

Gustaran los desposados que doña Leonor cantase alguna nueva letra al son del arpa, rogároncelo algunas damas, por lo que todos granjeaban, porque la tocaba con notable destreza. No lo rehusó ella, antes por alegrar todo el concurso, la tomó al punto, formando con tanto ornato (al compás de las manos) la garganta tantos, que robando con unos los corazones, con otros arrobaba las almas. Los versos que cantó al arpa, ella los compuso, glosando algunos de aquel tan célebre romance de Góngora:

Según vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel

Eran extremadas las glosas, porque con rebozo, por galante modo, tal vez en ellas daba a entender que las tres galeotas eran sus tres amantes, que en el mar de su amor navegaban veloces; tal vez que su hermosura engendrara a todos tres. Sólo un mal tubo en ellas, que fue el ser algo larga, por lo cual, aunque estuve harto atento por tomarlas todas de cabeza para relatarlas, solamente pude las dos con que empezó; de que en partes me alegro tanto porque tendrán menos que notar o que mofar los cultos, cuanto por no hacer sospechosa la verdad desta novela; porque suelo topar algunas con romances tan largos que más parecen compuestos por los autores dellas que cantados por las damas. O de fuerza ha de presuponer el lector que no eran nuevos o que andaban trasladados, pues (no dando razón de cómo pudo saberlos todos de cabeza) no faltando verso pudo el autor relatarlos. Las dos glosas son estas:

Tres galeotas bogar,
Por la mar de una belleza,
Se ven con tanta destreza,

Que más parecen volar:
Mas como de amor la mar,
En sus aguas se desagua,
Por ser en ella su fragua
Parece que él las formó,
O que el agua las brotó
Según vuelan por el agua

Todas tres son españolas,
Aunque a las de Argel parecen,
Veloces se desaparecen,
Cortando ufanas las olas:
Por sus muchas banderolas,
La mar parece un vergel,
Mas temo, que algún bajel
De celos, llegue a cogellas,
Que a alcanzarlas, hará dellas,
Tres galeotas de Argel.

No con se haber cantado tan dulcemente se contentaron los desposados, antes rogaron a los caballeros que con las damas dos a dos danzasen, porque el general contento se aumentase. Empezó don Pedro (porque le cupo por suerte) una gallarda, mas después de haber danzado solo un rato sacó cortés a la hermosa doña Leonor para que le acompañase, la cual danzó tan excelentemente que se llevó la palma, porque además de la destreza con que danzaba, a cada vuelta que daba sembraba (a la deshecha) de los botones de perlas de la cota, todo el suelo, con notable desenfado. Todos gozaron de tanta largueza, todos alabaron la traza; don Carlos solamente no los alzaba porque no se pagaba de favores comunes, antes se reputaba por poco venturoso en no haberla, hasta entonces, hablado; ávara llamaba su suerte⁷, mas desde luego empezó a entregarle el alma.

Acabose la holgura luego con deshacerse el concurso, porque las damas (acobardadas con el sembrar de los botones de doña Leonor) no gustaron que el danzar pasase adelante. Por esta causa fueron⁸ luego todos empezando a desembarazar el salón, cada uno por su parte: doña Leonor, por estar cansada, se quedó para la postre, pero al entrar en el coche, reparando en que aguardaba don Carlos para hablarla con los dos amantes, por no mostrarse más a él que a los dos, grata, cortés con todos como honesta, se entró presto, pero dándoles en que entender hartó, porque, o fuese adrede, o acaso empezó, turbada, a buscar un guante por el coche, mostrando que con uno solo se hallaba. Fue presto don Pedro a buscarle al salón, mas fue en balde, pues al volver halló que don Carlos con don Sancho, por haberle entrambos alzado, altercaban de cuál de los dos era. Empuñó don Pedro como celoso la espada para cobrarle, mas la bella doña Leonor, rogando a todos que se sosegasen, los forzó con corteses razones a que se le entregasen, para darle ella al que más fuese su gusto. Conformes todos en el recto parecer de su dueña⁹ se le entregaron, aguardando

7.- fuerte, error que se corrige.

8.- fueon, en el original.

9.- dueño, error que corregimos.

suspensos el dudoso fallo, mas presto los¹⁰ sacó de dudas, porque dando el guante a don Pedro procuró contentar a todos tres con estas palabras:

— A vos, don Pedro, no os toca ese guante, pues aunque vuestra presteza se adelantó a la de todos buscándole en el salón, ganoos la ventura don Sancho, pues le halló en el suelo. Hacedme placer de dársele de vuestra mano, pero tomad estotro, que vale más por ser el derecho.

—Vos, señor don Carlos, perdonadme el haber andado descortés, que estas son cosas de gusto. Además que creo os debo pocos empeños, pues este del guante fue acaso, pero no obstante hacedme merced de prestarme los vuestros hasta que llegue a casa, que prometo devolvérollos, o por ellos, otros de ámbar.

Encarecer agora el contento de don Carlos, su cortés respuesta, lo que lo celebró, lo galante que anduvo fuera excusado, pues de su nobleza no sólo se presume, pero claramente se conoce. Fuese doña Leonor, fuéronse a su casa los tres amantes, porque les rogó ella que no acompañasen el coche por ser tarde. Quedaron con los favores todos tres contentos, pero don Carlos en extremo, pues para celebrar los de su ventura, aunque dudoso de merecer la hermosa perla que los causaba (respeto de los opuestos pretendores), luego que llegó a casa templando un excelente laúd que algunas veces para entretenerse tocaba, a lo sonoro de sus voces (según cuenta la fama) cantó desta suerte:

Cuando de amor en el confuso lago
Noto en tres el favor al pretenderos,
Temo (bella Leonor) que he de perderos,
Pero la fe se opone a tanto amago.

Noto vuestro favor, dudas deshago,
Pero como no puedo más quereros,
Consúmeme el temor (que antes de veros,
Puede de veros más amor, que os pago)

Socórrame la fe, con que os adoro
(Hermosa perla) que el dar vos un guante
Menos es, que acetar dos con decoro;

Que aunque el menor favor vuestro, es bastante
A oponerse al que es más; es más tesoro
Alcanzar más favor, por más amante.

Pero como en los fueros del duelo nunca faltan cultos doctores o matasanos que censuren (que las más veces estos suelen ser zorras cuando más blasonan de leones), unos eran de parecer que el honor todo era de don Sancho, porque se llevó el guante que alzó del suelo, que era el fundamento de la duda. Otros exageraban que el favor verdadero fue el de don Pedro, pues se llevó el guante derecho de la mano de su dama, dándosele ella misma por su gusto. Otros aseguraban (no con pocas razones) que sólo el favor hecho a don Carlos era el que más realzaba, pues le daba a entender que sus guantes eran para ella de mucho más gusto que los que a los otros daba: además que se supo como la dudosa

10.— *los*, en el original.

promesa de los de ámbar presto tuvo efeto. Lo cual, no obstante, tanto se altercó entre los populares sobre los tres favores, que hallándose don Carlos entre dudas de afrentado por haberse llevado don Sancho el guante que se alzó del suelo, acordó sacársele o por corteses palabras o por la punta de la espada en el campo, para lo cual notó este breve papel que llevó un paje:

Señor don Sancho: asegúranme algunos doctos del duelo que el guante que os cupo en suerte me pertenece, porque le alcé del suelo antes que vuestra mano llegase a tocarle: hacedme placer de dárselo a este paje o de buscarme esta noche a las doce en el terrero de Santa Ana, donde os aguardaré no con más armas que la espada.

Don Carlos de Mendoza

Era don Sancho (aunque algo lerdo) tan esforzado como noble, partes que le forzaron a dar por respuesta que la segunda oferta acetaba, para buscarle en el terrero con su espada a la hora señalada. Notable son los sucesos de la fortuna: preparándose don Carlos en su casa aquella noche, una o dos horas antes de la señalada, entra con otro papel por la puerta otro paje de don Pedro, en el cual (rota la nema) halló estas razones:

Señor don Carlos, blasono tanto de honrado como de caballero: encarécenme algunos escrupulosos del duelo, que no cobrando los guantes de Doña Leonor, no cumplo con lo que debo; por esforzado os tengo, de donde presumo que no los podré cobrar menos que en el campo: en el de Santa Ana, a las espaldas del corral, os espero esta noche a las doce, con la espada solamente; haced como caballero.

Don Pedro de Lara.

Dado el papel se fue el paje al punto. Mas en los de la honra no sólo se hallaba de escrupulos cercado don Carlos, pero totalmente confuso o en extremo perplejo: porque él era el que, osado, al campo llamaba a don Sancho para las doce, él era el que para la hora mesma¹¹ era llamado de don Pedro. ¡Caso fuerte! ¡Cruel fortuna! ¡Duro trance! ¡Cómo podrá pues don Carlos, valeroso, con ser un hombre solo, ostentarse a los dos a una hora mesma presente? Verdad es que uno solo es el campo, pero no lo son los puestos porque el uno es al corral, otro al terrero del templo de Santa Ana; que del uno al otro es grande el trecho.

No hallarse en el puesto con don Pedro fuera ser cobarde; faltar con la palabra a don Sancho fuera ser aleve: pues, ¿cómo ha de ser? ¿Qué es fuerza que a uno dellos falte? ¿A cuál, pues, de los dos hará la falta? ¿A don Sancho, al cual él llamó? ¿O a don Pedro, del cual es llamado? Para consultas es tarde, que darán las once, podrá pasarse la hora. Además que sus émulos no querrán pasar por lo que en su favor se decretare. Excusarse, valerse de estratagema, cautela o compañero, fuera faltar a su honor, a su sangre. ¡Oh crueles estatutos los del duelo!

Pero lléguese a concurso los cultos todos: dé cada uno su voto o el fallo como gustare, que el valeroso don Carlos, fluctuando en tan caudaloso golfo de tormentos por no zozobrar del todo en el campo de Santa Ana, al punto de las doce tomó puerto buscando con presurosos pasos en el señalado puerto del corral a don Pedro. Mas no hallando en todo aquel contorno hombre alguno en más de una hora, se pasó al otro puesto del terrero,

11.– Nota de la edición de 1641: «No parezcan defectuosas las palabras mesmo, mesma, pues en castellano son comunes. El que lo dudare, consulte selectos Poetas o el Tesoro de la Lengua Castellana».

donde no halló tampoco a don Sancho. Sólo topó con un hombre que de sombrero falto, mal compuesto, echado de pechos en el suelo pagaba el común feudo al deseado sueño, según pudo entender, pues con llamarle a voces tres o cuatro veces no recordaba. Fue al momento otra vez a buscar a don Pedro al otro puesto, pero tampoco pudo hallarle: esperole más de dos horas largas paseando confuso todo aquel trecho, hasta que empezaron los crepúsculos del alba. Pero al pasar otra vez por el terrero, halló al mismo hombre que de antes, sepultado en tan gran sueño, que aunque procuró con fuerza despertarle no pudo, porque estaba muerto. Llegose más al cadáver por conocerle, mas al punto (¡notable caso!) echó de ver que era don Pedro que, pasado por el pecho con una estocada de parte a parte, pagó la deuda forzosa a la muerte.

Fuese presto antes que del todo aclarase por no hacerse sospechoso, mas al entrar en su casa, pasando por la de doña Leonor, topó en el suelo con un bulto de otro hombre muerto a puñaladas, revolcado en su misma sangre, al cual, acercándose por reconocerle, halló que era su despensero, hombre no poco arrogante (aunque el serlo lepra suele ser tan común en esta gente como en los cocheros). Dudoso se hallaba don Carlos para haber de entrar en casa, mas como era cuerdo, mudó de parecer presto: fuese a un convento porque no le culpasen en las dos muertes falsamente, pues las sospechas eran tan vehementes. En todo anduvo prudente, que adonde no se aventura honor vale más salto de mata que ruego de buenos.

No le pesó de haberlo hecho porque en menos de tres horas, después de amanecer, dos alcaldes de corte, no solo devasaron de las dos muertes, pero constando por los procesos lo de los pajes que llevaron los papeles con todo lo de antes pasado sobre los guantes, se pasó orden para que los dos caballeros fuesen presos al momento: don Carlos en su casa, tomándole el homenaje que se suele a los caballeros de sus prendas; pero que a don Sancho, como más culpado, le llevasen a una torre. Pero él, aunque lerdo, supo guardarse: o porque los señores alcaldes no se cansasen en llevarle o por mostrarles que, en su casa¹², mucho más sabe el lerdo que en la ajena el cuerdo.

En efeto, él se fue a otro convento, donde estuvo algunos meses. Mas no dándose por seguro por ser caso de pensado, se pasó a la corte de España, porque constó que él fue el agresor de entreambas muertes, pensando (como él mismo confesó) que en cada cual de ellas mataba al valeroso don Carlos; porque como del, por el papel que le llevó su paje, fue llamado al campo para el punto de las doce. Él, por se mostrar tan puntual como esforzado, fue antes de las once, pero no se engañar en los relojes, que de unos a otros suele haber muchas veces, como son tantos, tres cuartos de hora: pues como el pobre don Pedro pasase por aquella parte mesma, al punto que el reloj en Santa Ana daba el postrero de todos las once, con pretexto de aguardar en el puesto del corral por don Carlos, don Sancho se aceleró sacando contra él la espada, pensando que la sacaba contra don Carlos, pero con tal furor, con tal destreza que al segundo encuentro le pasó el cuerpo de una estocada.

Mas aunque en el acto anduvo como hombre alocado, o poco prudente, se hubo después en él como generoso caballero, porque al caer en el suelo Don Pedro fue a todo correr luego al convento de los capuchos, que está en aquel campo, donde dando recado, que fuese luego al punto uno a confesarle, le acompañó valeroso, hasta que le hubo confesado:

12.- *causa*, en el original

que apenas lo hubo hecho, cuando Don Pedro, otorgando a Don Sancho el perdón, que a sus plantas postrado demandaba. Vuelta la cara al suelo, por poder más veces besar la cruz de su misma espada, entregó al verdadero redentor el alma. Bramando de cólera Don Sancho (cual acosado toro) se fue luego a buscar a Don Carlos a su casa, por parecerle, que no era menos, que haber del hecho de él burla, llamarle al campo con falsedad o engaño; mas al entrar en su casa reparó que de un balcón de la de Doña Leonor, en frente, por una escalera de sogas, bajaba el mismo Don Carlos, según lo mostraba en las señas de una capa de color bordada, que llevaba las más noches: al cual sacándole su misma daga mató a puñaladas, llamándole muchas veces de alevoso cobarde, no dándole lugar a que (como Don Pedro) se confesase (¡crueldad notable!); pero al sacarle la daga del pecho, a la postrer puñalada, topando acaso en el rostro barba larga, como de hombre de cuarenta años, reparó en su engaño: pues al que él mataba por Don Carlos era su despensero, que enamorado de una mulata esclava de Doña Leonor (que era la que él desde la pequeña ventana por entre la red de madera acechaba), ella le echaba la escala, después de haber dejado en la alcoba de otra sala acostada a su ama, traza con que los dos amantes se gozaban algunas noches. Procurando él por más agradarla, adornase de las galas que hallaba más a mano, o de las de su amo, o prestadas, como todo constó de lo procesado.

Súpose después como esta muerte atroz no fue del todo mal empleada, porque este mal hombre fue el que a los tres caballeros más provocaba, dando algunas veces a cada uno dellos, con falsedad, a entender que toda la nobleza murmuraba de su afrenta (causado todo de lo mucho que él deseaba saber: cual de los tres caballeros amantes era el más esforzado, cual el más cobarde; hasta que aquel de que más mofaba le sacó de la duda, tan a su costa). Todo, en efeto, se mueve de lo alto: lo que se es, que a pocos fue mal aceta su muerte; antes a muchos agradable, por el mal proceder de su persona.

Don Carlos (por estar la verdad de todo, por los procesos, tan patente) se pasó a la regalada cárcel de su casa, donde presentándose, aguardó lo que dellos resultase, que brevemente fue absorberle de toda culpa con que pagase las costas de los autos: con lo cual prósperamente quedó gozando de los favores de la bella Doña Leonor, contento con la falta de los opuestos pretendientes, hasta que del todo conformes los dos en las voluntades, se desposaron; no solo con gusto grande de Don Tello de Guzmán, padre de Doña Leonor, pero de todos los deudos de entrambas partes, con general aplauso de toda la nobleza desta corte.

La boda (señor Don Fernando) se celebró en Belén, en una casa de campo de Doña Leonor, pero relatarle a Vuestra Merced agora los placeres que hubo, los gustos, el general contento, los buenos versos, las danzas, el sarao, las costosas galas de los desposados, el agradable galanteo de los caballeros, la hermosura grande de las damas, fuera alargarme mucho, fuera cansarle, que harto creo lo he hecho; pero el gusto de entretener a Vuestra Merced lo causa. Mas en caso que esta carta le parezca larga, entréguesela a algunos cultos de los escrupulosos desta corte, que como son los topos, o los ratones della, la cortarán o ratararán de manera que quede para leerse harto poco.

Guarde nuestro señor a Vuestra Merced largos años con los prósperos aumentos, que lo deseo. Casa martes.

